

MARIA VIRGEN Y MADRE: DESDE EL PUNTO DE VISTA ANGLICANO

A. M. ALLCHIN (anglicano)

I

El papel de Nuestra Señora en el esquema de la Redención es un tema al que no se ha prestado mucha atención, ni en las discusiones ecuménicas de la actualidad, ni en todo el agitado movimiento teológico que está conmoviendo en nuestros días a todas las Iglesias. Hay muchas posibles razones para explicar este relativo olvido. En una época en que aun los artículos más fundamentales de la fe cristiana han sido puestos en duda y reelaborados, parece de menor importancia el replanteamiento del tema del lugar de María en la obra de la salvación humana. Pocos campos parecen presentar a simple vista más dificultades y menos provecho para el diálogo entre católicos y protestantes. Dentro del campo protestante hay en general pocos motivos que empujen a reemprender una línea de pensamiento e investigación teológica abandonada hace ya cerca de cuatro siglos, si bien el renovado contacto con los hermanos católicos y ortodoxos ha alentado a algunos teólogos a estudiar de nuevo esta cuestión¹. El observador de la parte católica, parece sacar la impresión de que existe en nuestros días cierto retraimiento en este campo, resultado tal vez del enorme —por no decir demasiado— énfasis puesto en él por algunos antes del Vaticano II.

¹ Cf. HANS ASMUSSEN: *Marie die Mutter Gottes* (Stuttgart, 1951) and MAX THURIAN: *Marie, Mère du Seigneur Figure de l'Eglise* (Taizé, 1962); E. T.: *Mary, Mother of the Lord, Figure of the Church* (London, 1963).

El fin de este ensayo es explicar tres ideas:

1) Que, si bien comparado con los grandes temas de la Cristología y de nuestra fe en Dios-trino, el tema de la Mariología parece secundario, sin embargo, no es un elemento menos esencial en el orden de la estructura total de la Iglesia cristiana, estrechamente relacionado con nuestra comprensión de la naturaleza humana y eclesial, no pudiéndosele desatender sin que ello acarree graves consecuencias.

2) Que esta cuestión, aunque sin duda es difícil, deben discutirla en conjunto católicos y protestantes, admitiendo cierto acuerdo en lo que respecta al método, del que saldrá la fuerza para estudiarlo en común con provecho considerable.

3) Que en nuestro empeño por hallar una nueva vía para explicar el misterio de Cristo y mejor vivirlo en la época que nos ha tocado vivir, es de vital importancia una seria consideración de la persona de la madre del Señor, que vista en los Evangelios y en el desarrollo de la tradición, muestra ciertos valores que no son demasiado apreciados por nuestra sociedad ambiciosa y activa en demasía, aunque algunas veces los halle sin articulación.

Nosotros tendremos que hacer esto por el delicado método de examinar alguna de las características de la tradición post-reformada sobre la devoción a María y la reflexión sobre el misterio de María, según es planteado por el anglicanismo, así como también manifestaremos que esta tradición contiene algunos puntos que son útiles en nuestro presente caso.

Los teólogos anglicanos no han creado ningún cuerpo amplio ni sistemático de escritos en este tema, y la expresión de la devoción a nuestra Señora se funda sobretodo en nuestras poesías e himnos, aunque significativos, poco numerosos. Por otra parte ha habido en el anglicanismo desde el siglo XVI una tradición discreta pero continua sobre la devoción a María, y nosotros tendremos que mostrar la línea de pensamiento teológico que jamás ha desaparecido completamente. El diario recitado del Magnificat hacia el atardecer, la celebración por lo menos de las fiestas de la Anunciación y de la Purificación, la tendencia constante de la teología anglicana de volver a la cristología de Calcedonia, han mantenido siempre la memoria de la Madre de Nuestro Señor, que jamás ha faltado de nues-

tra tradición, como parece haberlo hecho en algunas partes el protestantismo.

Posteriormente, por lo visto dialécticamente, el carácter incompleto del anglicanismo, contiene elementos católicos y protestantes unidos equívocamente en una síntesis imperfecta, como el hecho de que en esta Iglesia se encuentren de común acuerdo, por una parte doctrinas tales como la Asunción y la Inmaculada Concepción y por otra aquellas que rechazan las anteriores o las desconoce, debiendo manifestar que una investigación de este género puede ser de gran interés en una época como la nuestra, en la que el diálogo roto entre Roma y la Reforma está comenzando a resurgir en todas partes.

II

La Reforma en Inglaterra lo mismo que en todo el continente europeo motivó una grande y violenta revolución en la devoción del Medioevo cristiano a María. Uno de los más grandes lugares de peregrinación en Inglaterra era, por ejemplo, el Santuario de Nuestra Señora de Walsingham, y estaba completamente destruido. La mayor parte de la conmemoración litúrgica de la Virgen y casi toda la piedad popular de la época había decaído totalmente. Es de notar, sin embargo, que esta gran alteración de las actitudes devocionales, aunque estaban ligadas con ciertos temas básicos predicados en la Reforma, no fueron acompañados por una súbita y completa revolución en la esfera de la doctrina. Las Reformas estaban lo suficientemente preparadas para fustigar todo lo que tenía algo que ver con los abusos del medioevo en la devoción a María, pero por falta de tacto en el ataque a las doctrinas, con estos dañaron a la persona de María. La doctrina sobre el nacimiento virginal de nuestro Señor está en nuestros días prácticamente fuera de duda, y la doctrina de la perpetua virginidad de nuestra Señora dondequiera que se menciona generalmente es aceptada. Las doctrinas sobre la Inmaculada Concepción y la Asunción, ambas por cierto dogmas de fe, no son tratadas generalmente hoy día. Los reformadores ingleses, como secuaces de Lutero y de Calvino, recurrieron en sus artículos de fe a los decretos del primitivo Concilio IV general principalmente, y en consecuencia tuvieron que mantener en María el

título de θεοτόκος, Madre de Dios². En nuestros días un cierto número de escritores apuntan fuera de los criterios de los primitivos reformadores de Alemania y Suiza, en especial de Martín Lutero, por no dejar en silencio la alabanza a María. Mientras más se trabaja en la devoción a María, la teología no puede pretender destruirla completamente³.

Es interesante saber que el período más constructivo de escritos teológicos clásicos anglicanos, no comenzó con la misma Reforma, sino con el trabajo de Ricardo Hooker (1554-1600) como cierre del siglo XVI. Son los escritores del siglo siguiente, los que nosotros podemos señalar como los creadores de las líneas directrices del anglicanismo sobre el misterio de María. Es éste uno de los puntos en que el anglicanismo del siglo XVII se apartó completamente del protestantismo europeo.

La evolución teológica del luteranismo, y poco menos del calvinismo, se apoya principalmente sobre la degradación total del hombre y la prioridad absoluta de la acción divina en la obra de la salvación del hombre, como un abandono pequeño o un desplazamiento del libre albedrío del hombre y de la cooperación en el plano de la Redención. En tales sistemas teológicos apenas si cabe la posibilidad de tratar sobre el papel estratégico de María⁴. El derrotero de la evolución teológica anglicana durante esta centuria es otro. Cada vez más, sin ser abandonadas las posturas características de los reformadores, éstas son sopesadas y modificadas a la luz de los más profundos conocimientos de la teología de los seis primeros siglos.

² S. CURIERTNIAK: *La Vierge Marie dans la tradition anglicane* (Paris, 1958).

³ WALTER TAPPOLET: *Das Marienlob der Reformatoren* (Tubingen, 1962).

⁴ Estas amplias generalizaciones exigirían, sin duda, un tratamiento más extenso de la materia. En particular, sería necesario investigar en qué medida la diferente concepción de la Cristología en las dos tradiciones, luterana y calvinista, conduce a diversas apreciaciones de la creación, del carácter sacramental de la Iglesia, y en último término el lugar de María. Sería difícil imaginar la devoción a María de un luterano del s. XIX como N. F. S. Grundtvig y en un escritor calvinista de la misma época. Hay que apreciar la misma diferencia en la actual centuria en la crítica a Karl Barth hecha por teólogos luteranos tales como Regin Prenter y Gustav Wingren. Para una discusión de este tema, aunque no en relación directa con la Mariología, ver el artículo de JOHANNES AAGAARD: *Revelation and Religion*, *Studia Theologia*, vol. XIV (1960) pp. 148-185.

La doctrina de la justificación por la fe es completada con la de la encarnación, la Iglesia y los sacramentos, que en gran parte son tomados de los moldes patrísticos. El exclusivo énfasis paulino de la teología reformada es equilibrado por el amor de los escritos joaneos del Nuevo Testamento, que ha quedado como característica de la teología anglicana hasta nuestros días. En este contexto histórico comenzó a prestarse atención al tema de María, y un numeroso grupo de teólogos anglicanos, sin aceptar del todo la evolución teológica y el culto de la Contrarreforma, comenzaron a escribir sobre la Madre de Dios, en un tono más positivo y fervoroso que el acostumbrado en aquellos siglos inmediatos⁵.

De entre los escritos de este período deben entresacarse al menos tres temas que yo desearía explicar:

1) María ha sido siempre considerada bajo el punto de vista de su relación con el Señor, señor suyo y nuestro. En este sentido se mantiene el Cristianismo de la Reforma, pero es entendido, sin embargo, de la forma más exclusiva. En la antigüedad, se estableció la prioridad y centralismo de la persona de Cristo, mediador, por lo que nosotros no tenemos por qué temer el rendir culto a María y a los Santos.

2) María es considerada como el tipo de todo cristiano, de quien ha nacido de una manera espiritual el Señor: en particular ella es el tipo tanto de la fe y oración del hombre como de sumisión y fecundidad de lo creado.

3) La presencia de Cristo en la carne a través de la concepción de Santa María es el fundamento de su presencia en la Iglesia y especialmente en la Sagrada Eucaristía, que es el centro del misterio de la presencia de Dios en medio de su pueblo.

Considerad estos tres puntos en orden:

“¡Reina luminosa del Cielo! ¡Virgen esposa de Dios
Santa doncella del mundo agradecido!
de quien la hermosura unió vida en tu casa
y trajo a nosotros ayuda salvadora.

⁵ For a fuller treatment of this subject see my article “Our Lady in Seventeenth Century Anglican Devotion and Theology”, in *The Blessed Virgin Mary; Essays by Anglican Writers*, ed. E. L. Mascall and H. S. Box (London, 1963).

Tu oficio es ser lazo de vida; por ti Dios ha hecho su
[Alianza,
y la naturaleza inferior del hombre El la ha dignificado con
[la suya.

Por la unión de este Pacto hemos aumentado su cuerpo,
nutrido con favores de su mano; a El reconocemos por
[nuestra cabeza.

Y una tal Alianza, ¿qué brazo se atreve a desatar, qué vida,
qué muerte puede romper? La cual nos mantiene siempre uni-
dos a El, y El en nosotros”⁶.

Así escribe Enrique Vaughan (1613-95) con Jorge Herbert (1593-1633) uno de los sobresalientes poetas cristianos del siglo, con una inspiración que es característica de la devoción de la época, enlazando el pensamiento de María directamente con el pensamiento de la Encarnación y con sus consecuencias. Es más, la alabanza del poeta puede estar acompañada de la predicación de los teólogos. Mark Frank (1613-1664), maestro del Pembroke College in Cambridge, que ha escrito más maravillosamente de María que ningún otro teólogo de este tiempo, dice comentando la salutación angélica: “El Señor está contigo”, “démosle a ella en nombre de Dios el honor debido. Dios la ha llamado “bendita” por el ángel, por Isabel, mandando a toda generación llamarla así y así lo han hecho hasta ahora y nos es permitido hacerlo también. Verdaderamente algunos escritores de última hora lo han exagerado; sin embargo, por esta razón no nos es permitido hacer menos sino hacerlo como hemos oído lo hicieron el ángel y los primeros cristianos. Se cuenta y habla de ella como la más bendita de las mujeres, única favorecida eminentemente, más aún, la más eminentemente. Pero siempre el Señor con ella, toda la gloria, toda la gloria de todo a El; dadla el honor y la alabanza del primero de los santos —a El solamente la gloria de que ella sea así y de que concibiendo y trayendo a nuestro Señor al mundo seamos herederos suyos y algún día partícipes de la santidad que ella goza, cuando el Señor esté con nosotros también y no necesitemos del ángel para explicarnos todo—”⁷.

⁶ HENRY VAUGHAN: *Poetry and Selected Prose* (London 1963) p. 342.

⁷ MARK FRANK: *Sermons*, Library of Anglo-Catholic Theology, vol. II, p. 50 (Oxford, 1849).

Así nuestra veneración por María siempre es considerada a la luz de la Encarnación y es siempre el paso de la Madre al Hijo. Por eso en un sermón de la fiesta de la Anunciación Mark Frank dice: “la encarnación de Cristo y la Anunciación de la bienaventurada Virgen —el ser encarnado de ella y su santidad por El— hacen que nuestra santidad venga de El por ella y que dimane tanto de nuestro Señor como de nuestra Señora... Todo su mérito y honor como el nuestro es de El; y siempre o alguna vez los estudiamos separándoles ya sea recordándola a ella para olvidarse de El ya sea reverenciándola a ella para quitarle nuestra alabanza a El; para darle a ella alguno de sus cultos”⁸.

Pero una vez hecha esta advertencia necesaria, los teólogos anglicanos de este período tienen claro que una consecuencia directa de la verdadera fe en la encarnación es una grande y reverente consideración para la persona de su madre. El Obispo Juan Pearson (1613-1686) en su comentario al Credo, para la creación de un método de trabajo en la instrucción del clero y de la Iglesia de Inglaterra, escribe: “Si Isabel exclamó en alta voz “bendita entre las mujeres” cuando apenas había sido concebido Cristo en su seno, ¿qué expresiones de honor y admiración podemos pensar suficientes, ahora que Cristo está en los cielos y su madre con El? Lejos de ser esto para algún cristiano, desacreditar este privilegio especial concedido a ella, que es incomunicable a ningún otro. Nosotros no podemos soportar una consideración demasiado reverente hacia la madre de nuestro Señor mientras demos a ella aquel culto que es propio del mismo Señor”⁹.

Pero si hay un aspecto de la llamada de María que es único e incomunicable no es menos cierto que ella es en muchos aspectos el tipo del creyente cristiano, que como ella escucha la palabra de Dios y la guarda. Ella es de modo especial el modelo de la vida (religiosa) silenciosa de oración, de fe y de obediencia, que no es menos necesaria en la Iglesia que la vida pública de predicación y administración de sacramentos. Jeremy Taylor (1613-67) uno de los escritores más sobresalientes y predicadores más destacados de su tiempo, mostró esto en una comparación entre la vida de la bienaventurada María y el Apóstol Pablo. “Pero la bienaventurada Virgen... llegó a sus perfecciones por medio de su tranquila y silenciosa piedad,

⁸ *Ibid.*, p. 34.

⁹ JOHN PEARSON: *Exposition of the Creed* (Oxford, 1864) p. 321.

las internas acciones de amor, devoción y contemplación; y enseña que... el silencioso afecto, la gloria de la devoción interna, las uniones de amor, humildad y obediencia, el diario oficio de rezar y alabar a Dios, las acciones de fe y de temor, de paciencia y de docilidad, de esperanza y de reverencia, de constancia y caridad y aquellas gracias que se encuentran dentro de la soledad y del silencio hacen grande el ascenso a Dios y seguro el progreso hacia el premio y la corona, igual que ostentosos y laboriosos ejercicios de una solemne religión”¹⁰. En este pasaje uno puede ver no sólo la hondura del pensamiento de Taylor sobre la vida de la Bienaventurada Virgen, sino también la comprensión de la vida contemplativa del mil setecientos, aquel entender que fue dos siglos más tarde el florecimiento de la renovación de la vida monástica dentro de la historia anglicana.

Pero María es no sólo el “tipo” de oración de fe. Es también el “tipo” de plenitud de la oración. En uno de sus sermones, Mark Frank aplica a María las promesas hechas a Israel en el 28 capítulo del Deuteronomio; María aparece como representante del creyente y obediente Israel, el representante de la humanidad que espera al Mesías que viene. “Bendita de Dios, bendita de los hombres; bendita en la ciudad, bendita en el campo. Ciudades y países llámala bendita, bendita en el fruto de su vientre, en su bendito hijo, Jesús... Bendita cuando entres y cuando salgas, el Señor estará siempre contigo, hasta el tesoro del cielo se te abrirá, lloviendo sobre ti, y llenando la tierra con sus bendiciones, trayendo sobre el mundo cuando ella traiga más adelante el Hijo de Dios”¹¹.

3. Toda la dispensación cristiana y especialmente la misteriosa presencia de Dios en su pueblo mediante el Sacramento del Altar, todo esto es en cierto sentido derivado del parecido de la Virgen con Jesús, y es de una obra con ello. Es notable que en este poema de Henry Vaughan's esté señalado esto; él lo expresa con estos versos:

Y tal clase de unión, ¿qué brazo se atreve a soltar,
qué vida, qué muerte puede separar?
El cual lazo nos guarda a nosotros en él
y a él en nosotros unidos para siempre.

¹⁰ JEREMY TAYLOR: *The Works of Jeremy Taylor* (ed. R. Heber and C. P. Eden) vol. II, pp. 54-55.

¹¹ *Op. cit.*, pp. 47-48.

Las dos últimas líneas de esta poesía podrían sugerir rápidamente a un lector anglicano una reminiscencia sacramental, por el final de la oración del humilde acceso en el rito de nuestra comunión, que nosotros rezamos como resultado de la comunión “nosotros podemos habitar siempre en él y él en nosotros” y este pensamiento de la mutua inhabitación del creyente y Cristo es una de las notas más profundas de la devoción eucarística de nuestra Iglesia.

Esta coherencia entre el nacimiento del Señor de la Virgen, su nacimiento en el alma del creyente y su misteriosa presencia en el sacramento es maravillosamente desarrollado en el final de los párrafos de muchos de los sermones de Mark Frank. Como su maestro, Lancerot Andrewes (1555-1626), Frank regularmente vuelve hacia el altar al final de sus sermones y aplica el tema sobre el que ha estado predicando al Sacramento que se va a celebrar.

En el sermón, predicado sobre la fiesta de la Anunciación, del cual nosotros ya hemos hablado, él es todavía más explícito; Cristo, nos dice no está nunca tan compenetrado con nosotros como lo está en el Sacramento de la Eucaristía¹².

En este Sacramento él está de una manera singular con nosotros, nos concede sus favores con largueza, y nos bendice de una manera extraordinaria; en este sacramento todos somos hechos Marías bendecidas y nos convertimos en madres, hermanos, y hermanas de nuestro Señor, mientras oigamos su palabra y la concibamos en nosotros; mientras nosotros creamos en El, que es el Verbo y le recibamos dentro de nosotros. En este sacramento los ángeles vienen a nosotros con misiones celestiales y allí, incluso, nuestro Señor está con nosotros, y nosotros somos bendecidos, y los ángeles revolotean a nuestro alrededor mirando estos Santos Misterios. En este Sacramento abundantes gracias son derramadas sobre nosotros —en este Sacramento la gracia está en su máxima expresión— en El se nos conceden los más grandes favores, en El la gracia se nos concede abundantemente si nosotros no lo impedimos, y seremos llevados a la Gloria en virtud de su poder, de manera que podamos sentarnos junto a la Virgen, los Santos y los ángeles, para cantar un Himno de alabanza y honor al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por toda la eternidad¹³.

¹² *Ibid.*, vol. I, p. 280.

¹³ *Ibid.*, vol. I, pp. 50-51.

III

He citado, con alguna extensión, nuestros autores del siglo XVII, en parte para mostrar que este tema de la devoción y reflexión Mariana no es el producto del movimiento de la Universidad de Oxford en el siglo XIX. Es verdad que el resurgimiento tenido en la Iglesia los 140 últimos años ha dado un nuevo ímpetu al examen teológico de esta cuestión, incluso todavía más para la renovación de la devoción popular de María dentro de la comunión Anglicana. Esto es cierto solamente dentro del marco de los últimos 100 años: en estos años algunos anglicanos han comenzado a adoptar, algunas veces de manera no crítica, y quizás tampoco de manera científica, el culto completamente desarrollado y la teología referente a María según ha sido elaborada por la Iglesia católica desde los tiempos de la Reforma, pero detrás de las ocasionales extravagancias de una piedad importada, las cuales, creo yo, son no menos desagradables para Dios que nuestra acostumbrada tibieza y respetabilidad, se encuentra la base de esta vieja tradición, de un profundo sentimiento y conocimiento extraños a la devoción a la Virgen, más insistente en nuestras manifestaciones exteriores, pero no desconocidas incluso en nuestras manifestaciones interiores. En ningún otro esto es más evidente como en Keble (1792-1866), el más viejo de los líderes del movimiento de Oxford, según Newman, su verdadero y primer autor, el más profundamente arraigado de todos ellos en la tradición anglicana.

El lugar para María en el esquema de la Redención es para Keble, un elemento necesario e inherente en todo el trabajo de la salvación del hombre. Como el Dr. E. R. Fairweather señala, los tractarianos vieron la Encarnación, la Iglesia y los Sacramentos como elementos contiguos e inseparables en la economía redentora de Cristo. Para ellos la doble verdad de la encarnación implica, por una parte, que la salvación del hombre viene únicamente de Dios, por otra parte, que la acción salvadora de Dios penetra de un modo real y transforma el mundo y la vida del hombre¹⁴. Nosotros vemos la verdad de estas dos concepciones de la Fe cristiana vivamente impresas en María. En su fidelidad y obediencia, en su desnudez

¹⁴ E. R. FAIRWEATHER (ed.): *The Oxford Movement* (New York, 1964).

delante de Dios, nosotros vemos el reconocimiento por parte de la criatura de la prioridad del Creador. En su maternidad vemos cómo el acto salvador de Dios toma carne en un cuerpo humano, transformando de este modo su mundo y su vida. Keble expresa esta unión de lo humano y lo divino en Cristo, y en la Iglesia que es el cuerpo de Cristo, en una nota a uno de los poemas de la *Lyra Innocentium*. Según las Escrituras, el contacto Sacramental con la Iglesia equivale al contacto con Cristo; y su sistema es una “deífica disciplina” una regla que, en algún sentido, hace a los hombres dioses y lo humano divino; y todo esto depende de la veracidad de la Encarnación, de la que su madre es su principal instrumento; a excepción de ser, como más cercana a El, el más estupendo ejemplo de ello. ‘La madre de Jesús está allí, y Jesús y los discípulos son llamados’, —El en calidad de Novio y Autor de todo el misterio, ellos como ministros, siervos e instrumentos— para este misterioso matrimonio o comunión de los Santos¹⁵.

De todos los escritos de Keble que tratan este tema, ninguno me parece tan hermoso como el poema titulado “Mother out of Sight”.

Fue escrito un año antes de la conversión de Newman y los amigos de Keble le persuadieron de no publicarlo en aquellas circunstancias. Con su franca y sincera devoción a María, Madre de Dios, con su pesar expresado de manera abierta, de manera que nosotros, incluso, podríamos hablar de una Mother out of Sight, ellos quizás tuvieron razón. Su publicación podría haber llevado fácilmente a malentendidos y a amargas controversias, sobre todo, cuando sentimientos profundamente arraigados en el hombre están relacionados con estos temas. Este poema expresa las más profundas convicciones de Keble en esta materia, mucho mejor incluso que en el conocido himno “Ave María” “Blessed Maid”, y una cuidadosa lectura nos muestra que él casi lamenta la falta del amor a María palpable en la Iglesia incluso y aun de una manera más profunda, mantiene que la verdadera gloria de María y de la Iglesia, se mantiene oculta, y es visible únicamente por la Fe. Nosotros abandonamos el hablar demasiado abiertamente o dogmáticamente de los misterios que están escondidos en Dios.

¹⁵ JOHN KEBLE: *Lyra Innocentium*.

¡Madre de Dios! No en vano
nosotros hemos aprendido de tu vieja y humilde fatiga.
Contentos bajo tu sombra descansaremos,
y nos arrodillaremos contigo, y te llamaremos santa,
contigo ensalzaremos al Señor,
y si tú no eres adorada aquí en la tierra,
buscaremos, día tras día, el amor y el temor
que nos pongan a ti y a los santos más cerca de nosotros.

¡Qué gloria has ganado,
por especial gracia de tu querido Hijo!
Nosotros todavía no vemos, ni nos atrevemos a mirar
con un ojo abierto tu coronada forma.
Bastante cerca del humilde pesebre
nosotros te buscamos postrada con semblante velado
o donde el ángel, en nombre de la Santísima Trinidad,
te saludó, y en donde Jesús vino a tus entrañas.

Desde entonces cada año con un amargo grito
ha asaltado el hombre el Trono celestial,
y el pecado y el odio, mueven convulsivamente los cielos y la
[tierra
ahora más fieramente, para echar a perder su unión.
Pero aquella terrible cita, en aquella hora de perdón,
se apresuró a llegar a la casita humilde y rústica de María,
y esto tiene más potencia en atar, que nuestro esfuerzo por
[romper;
nadie puede deshacer este trabajo, nadie puede destruir esta
[carne.

Desde entonces, aquel a quien mil mundos adoran,
te llama Madre;
ni ángeles ni santos pueden ver su Rostro
a excepción de lo que El tomó de ti.
¿Qué podemos hacer nosotros sino invocar tu nombre
haciéndonos eco de la suprema aclamación
hecha en los cielos? Desde que la oración y el canto terreno
se desvanecen ante el terrible himno celestial.

¿De qué manera se podrá mirarte,
sino únicamente teniendo tu mismo amor, el amor que tuviste
[en aquellos días?
Cada día, cada hora suplicante,
cuando nosotros nos arrodillamos en privado o en nuestra
[rústica casita,
proclamamos tus glorias,
y no rehuimos la adoración que te conceden los serafines,
¡Dios te salve, María, llena de gracia! Sé bienvenida.
Todos los santos repiten esta aclamación diariamente en todo
[el orbe.

Bella salutación, con nuestros matinales votos
debidamente en la esposa entronizada
su templo y novia ¿(desposada)?, aquí y en el Cielo,
imaginada en su profunda pureza,
quien, nacida de Eva, mereció plenamente
dar a luz y criar al eterno Hijo.
Oh tremenda condición, que no tuvo serafín alguno,
de tocar en esta orilla el pecado y en la otra el Cielo¹⁶.

¹⁶ JOHN KEBLE: *Miscellaneous Poems* (Oxford, 1869) p. 254 ff.

IV

¿Qué conclusiones podemos deducir de esta investigación?
Me parece que podrían ser tres:

1.^a Esta es una materia más importante de lo que a primera vista podría parecer. El hecho de que sea cuantitativamente poco lo que en el Nuevo Testamento se dice de María, no nos debe hacer olvidar su significación; como hemos visto, para un cierto número de autores anglicanos de diferentes épocas, esta materia ha parecido estar ligada con el entero significado de cuanto pueda abarcar el concepto de Iglesia, de naturaleza humana y de la manera en que el hombre pueda responder a la revelación de Dios. Para ilustrar este aserto nada mejor puedo hacer que citar un párrafo del sermón predicado en marzo del año 1968 por el decano del General Theological Seminary de la Iglesia Episcopaliana en New York, Dr. Samuel Wylie. "El primero de los cristianos en el aspecto cronológico, por la grandeza de su vocación y por el atractivo sobre el pueblo fiel, es María, la Madre de Nuestro Señor. Ella aceptó realizar de todo corazón la voluntad de Dios aún antes del nacimiento de Cristo. Ella creyó firmemente en la vocación del Señor y se adhirió a ella desde su juventud. Con fidelidad estuvo presente en el momento de su muerte (cuando todos, excepto Juan, se habían alejado) y estuvo en el sepulcro la mañana de su resurrección. Estuvo con los doce el día de Pentecostés. No ejercía poder alguno en la Iglesia primitiva, y no es común entre los Episcopalianos el creer que lo ejerza en el cielo. María fue amada, honrada, estuvo presente y las posteriores generaciones de cristianos la han amado, han confiado en ella y han conformado sus vidas a la suya, más que a las de los apóstoles, los teólogos, los obispos... Ella se convirtió en símbolo de la humana adhesión a la obra redentora de Dios; la confirmación de que el hombre puede colaborar con la gracia; la seguridad de que, si bien los hombres han caído, no están totalmente perdidos. Cuando Dios bajó hasta nosotros para elevarnos a su divinidad, María fue el modelo de la aceptación humana y el bálsamo único otorgado por el amor de Dios fue Jesucristo Señor Nuestro, la esperanza eterna de todo hombre"¹⁷.

¹⁷ From an unpublished sermon preached on March 26th. 1968.

Lo primero que hemos de notar es que este párrafo se centra en la imagen que de Nuestra Señora nos dan los Evangelios. Aunque, —como el mismo Dr. Wylie señala en sus palabras, muchos factores puramente psicológicos han tenido gran influencia en el desarrollo de la devoción a María, la cual con frecuencia ha sobrepasado su sencillez primera— la tradición cristiana de respeto hacia María tiene su origen en los mismos Evangelios. No hemos de reprobar con toda necesidad la exuberancia de imaginación con que la devoción popular ha preferido presentar y adornar la figura ideal de la Virgen Madre, si bien necesita ser comprobada y acomodada al modelo evangélico. Puesto que es en las palabras de aceptación de la llamada, como se nos dice en S. Lucas, y en la escena a los pies de la Cruz, según nos lo presenta el cuarto Evangelio, donde con S. Juan ella se transforma en el núcleo de la nueva humanidad, cuando aparece su verdadera llamada de recuerdo a los cristianos. Partiendo de esta base vienen como consecuencia las palabras del párrafo citado. “María ha sido la primera justificada entre los cristianos en orden cronológico”. Esto nos sugiere inmediatamente la asunción de la fe y de la expectación del antiguo pueblo de Dios, no sólo de Israel, sino de la esperanza de todo ser humano. Ella es la primera “por la grandeza de su vocación”, la cual, mientras ha de ser participada por todos los que oyen la palabra de Dios y la guardan, a ella la coloca en un lugar único en la obra de nuestra Redención. Ella es la primera “por su atractivo sobre el pueblo fiel”. En el decurso de los siglos ha sido una madre para los creyentes. “Se convirtió en símbolo de la humana adhesión a la obra redentora de Dios; la confirmación de que el hombre puede cooperar con la gracia; la seguridad de que, si bien los hombres han caído, no están totalmente perdidos”. Aquí apuntan complejos problemas de teología todavía sin resolver, como sería la diferencia entre católicos y protestantes, que por otra parte son puntos que no se pueden soslayar en un diálogo ecuménico pleno y abierto. El entero amor de la tradición y la veneración por María puede decirse que han nacido de la fe de que Dios, que pudo crear el mundo por su propio “fiat”, no puede y no quiere redimirlo sin el libre y obediente “fiat” de su creatura. Las aristas que esto produce en lo tocante a la libertad del hombre y de la acción de la gracia de Dios, ninguna teología las puede disimular.

2. Esto nos lleva de la mano a una segunda conclusión, que es que esta materia ha de tener su puesto en el diálogo ecuménico y que aquí, como en todas partes deberíamos buscar —como cristianos separados— comenzar a partir de lo que en común tenemos. Esto significa empezar por un fundamento bíblico en nuestra actitud hacia María y desde allí avanzar por las formulaciones de los cuatro primeros Concilios Ecu­ménicos, que para la inmensa mayoría de los cristianos forman hasta el presente una común herencia de fe y de enten­dimiento. Esto significa, de nuevo que no debemos empezar por atacar o defender siquiera, tal vez por explicar, el sistema altamente desarrollado de la teología mariana católica, con sus formulaciones dogmáticas de las doctrinas sobre la Inmacula­da Concepción y la Asunción. Volvamos a nuestras fuentes comunes y veamos si ahí no podemos llegar a un acuerdo mutuo. Al menos desde el punto de vista de nuestra experien­cia anglicana parecería ser el método más adecuado para un acercamiento¹⁸. En ésta, como en otras materias puede ser de la mayor importancia la presencia de voces de la Iglesia Orto­doxa Oriental en cualquier discusión. Es la suya una tradición en la que la alabanza y glorificación de María es aún más ex­pansiva e incontrolada que en el Occidente católico, mas la fe de la Iglesia no se ha fosilizado en formulaciones dogmáticas y ha habido menos definiciones por parte de posturas teológi­cas intransigentes a través de las reales necesidades de contro­versia y polémica.

3. Nuestra tercera conclusión, que ha de ser más elucu­brativa, se refiere a la relevancia de todo lo dicho para las presentes opciones de la Iglesia en el mundo; vivimos en una sociedad que se apoya en palabras, en la concienciación, en la organización, en el activismo... María, la Madre de Dios, nos recuerda la necesidad de silencio, de contemplación, de recep­tividad y de crecimiento. Parece, en nuestro siglo, que en ocasiones la Iglesia va tras el mundo siempre con veinte o

¹⁸ See e. g. the brief but highly significant comments on the scene at the foot of the cross in E. HOSKYNS and F. N. DAVEY: *The Fourth Gospel* (2nd Ed. London, 1947) p. 530, and still more important in R. H. LIGHTFOOT: *St. John's Gospel* (Oxford, 1956) pp. 319-320. A. LANCASHIRE'S small but unjustly neglected work, *Born of the Virgin Mary* (London, 1962) also contains valuable consideration of the Bi­blical witness to Mary

treinta años de retraso, intentando desesperadamente presentar al mundo una imagen de sus propios afanes o de sus ideales. Pero, a menos que la Iglesia pueda revelar a la sociedad algo que ésta ya no conoce o no reconoce de ella o en ella misma, ¿de qué le sirve esto al mundo, alejado de la mirada de Dios? En el mismo mundo, si prestáramos atención, hay muchas señales de una creciente angustia por la necesidad de redescubrir las intuitivas, simbólicas, preconscientes formas de vivir, de conocer y de ser, por la necesidad de hallar un remedio a las premiosas instancias hacia la actividad. ¿No es la Iglesia la que debería ser capaz de dar al mundo una nueva visión, una nueva contextura en la que encuadrar las cosas?

Parece que las perspectivas de la Psicología podrían ser de gran utilidad en este lugar. "Si la oración es básicamente concentración, autocomunicación, relación a sí mismo y contemplar a Dios en apertura y receptividad, parece que ha de ser fundamentalmente una actitud femenina,... una función del "animus"¹⁹. Al presente, en nuestra Cristiandad Occidental, estamos embebidos en un torbellino de actividad y de organización, de análisis intelectual y de intento de comunicarnos por palabras. Pero lo que tal vez sobre todo necesitamos es la capacidad de esperar y de escuchar, de estar presentes y abiertos, de dejar que las cosas maduren, de modo que con el tiempo nuestras acciones devengan más fructíferas y menos precipitadas y nuestras palabras estén llenas de prudencia que nace del silencio. Esta puede ser la razón por la que para muchos —protestantes y católicos— la cuestión sobre María parece superada y carente de importancia, es porque no son vistas ni entendidas aquellas cosas por las que María se nos ha entregado. Parece que estemos intentando presenciar a Dios en el mundo por nuestro propio esfuerzo, sin darnos suficiente cuenta de que si ha de ser la presencia de *Dios* y no la de ciertas ideas, palabras o conceptos acerca de Dios, esta presencia en nuestro mundo y en nuestra carne solamente puede ser real en la medida que seamos abiertos, receptivos y obedientes a la palabra de Dios. De modo que el Espíritu Santo pueda realizar en nosotros su labor recreadora. Sólo en el libre consentimiento y obediencia de María pudo Dios encar-

¹⁹ From an unpublished essay by my friend the Revd. R. V. Morris to whom I am particularly indebted in this last part of the paper.

narse; sólo a través de su relación a ella pudo su Hijo —que es el Hijo de Dios— expresar con amor humano el amor de Dios que crea y redime al mundo. Solamente en la medida que la Iglesia y cada uno de sus miembros empiece a redescubrir que ella, la segunda Eva, es la madre de todos los vivientes, será capaz, no sólo de confesar nuestra fe ante el mundo, sino de vivirla con sencillez y alegría.

Traducción de SANTIAGO RIBAS y ANGEL RECIO